

Don Manuel

Aquella fría mañana de enero, don Manuel cerró su paraguas como pudo al adentrarse en su parada de autobús, la primera de la línea. Estaba abarrotada de gente asqueada, tanto por el inminente inicio de su jornada de trabajo como por la lluvia, que no parecía tener intención de cesar. Pero este no era el caso de don Manuel, felizmente jubilado desde hacía veinte años y amante del tamborileo de las gotas desde que tenía uso de razón: él simplemente estaba a punto de comenzar su *tournee* diaria por Sevilla.

El bufido del 27 al detenerse frente a sus pies le despertó de la dulce hipnosis en la que le había sumido aquel repiqueteo caído del cielo y, con su habitual parsimonia, subió al autobús, donde fue recibido por una voz conocida: “¡Hombre, don Manuel, qué alegría verle!”. El anciano sonrió para sus adentros: Antonio era de los pocos chóferes que le permitía hacer el trayecto completo, ida y vuelta, sin tener que bajarse al llegar al Duque. “Más me alegro yo de que estés aquí”, respondió con afecto.

Don Manuel no recordaba ya desde cuándo mantenía esta curiosa costumbre, pero lo que tenía claro es que, antes que quedarse encerrado en la soledad de su casa, prefería salir todas las mañanas, granizase o ardiese el sol, para disfrutar una vez más de su Sevilla. Tras acomodarse en uno de los asientos reservados, se quitó su boina y abrió un hilo la ventana, lo suficiente para poder captar ese olor a tierra mojada que tanto le fascinaba.

Conforme el autobús hacía su recorrido, empezó a escuchar a sus espaldas a sus habituales compañeros de viaje, a los que ya incluso había cogido cariño: una madre y su hijo pequeño (el niño se llamaba Lucas y la madre, Mamá

porfaaaa), dos tortolitos enamorados (él tardó cinco meses en declararse pese a que ella estaba colada por él desde el principio), una entrañable limpiadora (cada mañana llamaba a su nieta para mandarle un beso antes de entrar a trabajar)... Decía su hija que si no quería un reproductor de música para sus viajes, y don Manuel le respondía siempre que no se preocupase, que tenía entretenimiento de sobra.

Aquel 27 siguió avanzando, y con él, se fueron sucediendo los deliciosos aromas de las panaderías recién abiertas, los trinos de los gorriones resguardados en los naranjos y los joviales bullicios cada vez que pasaban frente a una escuela; cuando empezó a oír idiomas que no entendía, don Manuel supo que ya estaban en la Encarnación. En ese momento, una voz desconocida, de una muchacha joven, se dirigió a él:

—Perdone, pero llevo un buen rato fijándome en usted y no ha dejado de sonreír en todo este tiempo... ¿qué le hace tan feliz?

—Pues hija, es que me encanta todo lo que veo desde aquí.

—Ah, pero por su bastón y sus gafas, pensaba que era usted...

—Aunque te sorprenda, no se necesita la vista para ver —respondió con orgullo el anciano.

Mirpo